

HELENA RAUSELL GUILLOT, *Letras y Fe. Erasmo en la Valencia del Renacimiento*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia 2001, 250 pp. ISBN: 84-7822-342-8.

LA «SECTORIALIDAD INTERDISCIPLINARIA».

A PROPÓSITO DE UN LIBRO RECIENTE SOBRE EL HUMANISMO VALENCIANO.\*

Como es sabido, los estudios sobre erasmismo en España se iniciaron con la magna obra de Marcel Bataillon, *Erasmo en España*, publicada en francés en 1937 y en español en 1950, y luego reeditada y reimpressa repetidas veces. Desde entonces, la filología latina en España ha recorrido un largo camino, cuyos logros y objetivos ponía de manifiesto recientemente Luis Gil en su exhaustiva reseña bibliográfica<sup>1</sup>, de donde se desprendería la riqueza y la vivacidad de los estudios españoles sobre Humanismo y Renacimiento, y a la vez su relativa «anarquía y descoordinación», y desigualdad de resultados.

Por otra parte, Francisco Rico, en un artículo sobre *La Filología humanística en España*, aparecido en 1993, llamaba la atención sobre el peligro de un especialismo excesivo, que en el caso de la filología humanística se debería a los filólogos clásicos, que corren «el riesgo de encerrarse en el texto y olvidar el contexto»<sup>2</sup>. En efecto, la misma denominación de «filología humanística» no ha tenido especial arraigo, en ámbito académico, en España, ni esta materia ha llegado a configurar una disciplina dotada de cierta autonomía, con un campo de estudio y unos intereses bien definidos y delimitados. En consecuencia, y de acuerdo con una tendencia general en las humanidades, se ha extendido la participación de diversas áreas o disciplinas a la investigación de la época renacentista: hispanistas, historiadores, teóricos de la literatura, etc., contribuyen al estudio del Renacimiento. Todo ello sería algo positivo, a condición que, para superar la sectorialidad filológica, no se caiga en otros especialismos, y la deseable perspectiva de conjunto no se convierta en otra perspectiva especialística o, peor aún, localista, olvidando además elementales reglas de fiabilidad científica y de conocimiento de la realidad histórica. Este es el peligro del que quiere avisar esta «defensa de la filología» desde una perspectiva de «interdisciplinariedad responsable».

Al someternos a la ingrata tarea de señalar las aporías y las insuficiencias de un trabajo voluntarioso como el de Helena Rausell Guillot, *Letras y Fe. Erasmo en la Valencia del Renacimiento* (Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2001), no nos mueve otro ánimo que el de proponer una reflexión sobre el alcance, la dirección y los límites

\* Este trabajo se ha realizado en el ámbito del Proyecto de Investigación en Humanidades 06/0143/2003 de la Comunidad Autónoma de Madrid.

<sup>1</sup> Véase L. GIL, «Treinta años de estudios de humanismo y tradición clásica: lo realizado y lo por hacer», en M. PÉREZ GONZÁLEZ (ed.), *Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, León, Universidad, vol. I, pp. 31-66 (la cita, en la p. 43); del mismo autor, aunque aparecido con posterioridad a la publicación del libro que nos ocupa, véase la espléndida síntesis sobre «El humanismo valenciano del siglo XVI», en J. M. Maestre Maestre-J. Pascual Barea-L. Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico, III. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, Madrid-Alcañiz, 2002, vol. 1, pp. 57-159.

<sup>2</sup> Cf. F. RICO, «La filología humanística en España», en *La filología medievale e umanistica greca e latina nel secolo XX*. Atti del Congresso Internazionale (Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche-Università La Sapienza, 11-15 dicembre 1989), I, Roma, Università, 1993, pp. 329-337 (la cita, en la p. 333).

de los estudios renacentistas en España, e indicar los riesgos que entraña una aproximación a los temas históricos carente de las necesarias bases lingüísticas, historiográficas y, en general, «técnicas». Si la comunicación entre disciplinas como la Historia moderna, la filología y la literatura es hoy en día imprescindible para no encerrarse en panoramas asépticos y miopes, también es cierto que esta «interdisciplinariedad», lejos de reducirse a superficiales incursiones en otros campos del saber, debe suponer la capacidad de adueñarse suficientemente de las herramientas de las disciplinas implicadas, en primer lugar (en el caso específico que nos atañe) la producción bibliográfica y el conocimiento de la lengua latina. Por ello mismo, no se tratará, aquí, de rastrear puntualmente incongruencias y fallos, sino, simplemente, de señalar algunas carencias interpretativas y bibliográficas especialmente peligrosas, con la esperanza de que nuestra laboriosa anotación sirva como *memento* para sucesivas investigaciones.

El volumen tiene la aspiración de proporcionar un panorama del «erasmismo valenciano» a lo largo del siglo XVI, «una visión de conjunto sobre sus representantes y ámbitos de desarrollo», formulando «hipótesis sobre su importancia, su cronología su continuidad» («Introducción», p. 9). Para ello, siempre según la autora, el volumen «se estructura en dos grandes partes: la primera proporciona una aproximación global al tema que nos ocupa [...] mientras que la segunda aporta un buen número de textos del siglo XVI (muchos de ellos inéditos) que desarrollan un buen número de ideas erasmistas» (ibid.)

Y en efecto, tras haber rápidamente ofrecido una definición general del concepto de «humanismo» y defendido su penetración e incluso arraigo en la Valencia de finales del siglo XV (caps. 1 y 2), el trabajo de Rausell se dedica a esbozar sustancialmente la trayectoria de expansión de la Universidad de Valencia, particularmente en lo que se refiere a las humanidades y a los estudios médicos, influidos por el magisterio de Vesalio o Paracelso; pasa luego a ilustrar las relaciones de mecenazgo de algunas familias de la nobleza valenciana para con algunos eruditos, donde destaca la conocida figura de doña Mencía de Mendoza; y finalmente reseña la presencia en la imprenta valenciana de algunas obras de raigambre «erasmista» (cap. 3). Dos últimos breves capítulos tratan, respectivamente, de algunos personajes destacados de la cultura valenciana fuera de España, y especialmente de Juan Luis Vives (cap. 4); y de las dificultades, debidas esencialmente a la Inquisición, y las pervivencias –en opinión de la autora– de este erasmismo en la segunda mitad del siglo. (cap. 5). La estructura es, por así decirlo, «por cuadros bio-bibliográficos», en el sentido de que en el centro de la narración historiográfica se hallan algunas conocidas figuras eminentes de la cultura literaria valenciana del siglo XVI.

La segunda parte del trabajo es una suerte de «antología temática» de autores quinientistas, que abarca asuntos como la educación humanística, la *philosophia Christi* o el pensamiento político (pp. 123-186); cierra el trabajo una Bibliografía alfabética (pp. 187-211). No faltan, a lo largo del volumen, indicaciones y atisbos interesantes, tal y como los que conciernen a la presencia y el estudio de Horacio (p. 37); a los estudios de Juan Andrés Strany, impulsor de la corriente humanística en Valencia, sobre Séneca y Plinio (p. 39); a la recuperación de textos de importancia como el *De rerum natura* de Lucrecio o la *Cosmographia* de Tolomeo (p. 58 y *passim*, pero con una importante contradicción sobre la que volveremos); al rápido panorama de las familias nobles valencianas más implicadas en el mecenazgo cultural (pp. 67 sgg.); o finalmente, a las indicaciones sobre ediciones y traducciones erasmianas en España (pp. 86-105), datos, por lo demás, que no aportan mucho de nuevo respecto de la misma bibliografía citada por la autora.

Si la solidez de un edificio se ve en los cimientos, ya los primeros dos capítulos del volumen dejan lugar a más de una duda sobre el aguante del conjunto, puesto que la presentación del fenómeno humanístico es francamente superficial cuando no objetivamente equivocada. Ello se puede comprobar en la definición fundamental del término «humanista» y del humanismo (pp. 12-15), despachados con generalidades ampliamente superadas por la crítica desde hace tiempo o verdaderas inexactitudes, como la inclusión en el programa humanístico de las artes del *trivium*, cuyo correcto planteamiento fue hace tiempo estudiado por Kristeller. Y es que, como enseñan los estudios magistrales de Augusto Campana y Giuseppe Billanovich<sup>3</sup>, no es buen camino abordar el complejo análisis del fenómeno humanístico a partir del término que lo designa, y, en cierto modo, comenzar desde el final, es decir, de sus ramificaciones nórdicas, de signo muy distinto al italiano, y de todas maneras cronológica e ideológicamente desfasado respecto a éste<sup>4</sup>.

Lo mismo ocurre con las que definiríamos como «ingenuidades» sobre las nociones de poesía y filosofía (pp. 35, 42), a pesar del carácter de clásicos que han alcanzado los estudios de Eugenio Garin sobre el tema (de Garin, en la Bibliografía sólo se cita una obra). Dejemos al margen auténticos errores como el calificar de «obra desconocida por aquel entonces [en 1484] en el occidente medieval» (p. 25) la *Cosmographia* de Tolomeo, publicada, como se sabe, en espléndida edición ilustrada en 1471 en Bolonia, pero ya conocida por la traducción de Crisoloras y Iacopo Angeli, a la que la autora incluso hace referencia, sin, al parecer, percatarse de que la versión se llevó a cabo en los primeros años del siglo xv y fue impresa en 1475.

También muy poco rigurosa la narración de los vínculos valencianos con el ambiente cultural de Nápoles (pp. 21 sgg.). El cuadro de la cultura napolitana contiene errores preocupantes: se habla de una inexistente «academia napolitana» (como, por lo demás, la «florentina» de p. 72), se hacinan confusamente nombres de humanistas de muy diversa relación con la corte alfonsina, y algunos de ellos (como Guarino veronés o Matteo Palmieri) incluso sin relación directa alguna; se obvia totalmente el humanismo napolitano del último tercio de siglo, que fue el más importante y rico de implicaciones; se atribuyen al período napolitano de Valla obras que nunca escribió allí, como el *De libero arbitrio*. En breve: se ignoran la temáticas concretas y reales, y por supuesto, el alcance y la difusión, del fenómeno humanístico en cuanto tal. Fundamentalmente, es escaso el conocimiento bibliográfico, y por ende de la realidad efectiva de la época. Se nos remite a las obras (muy desiguales, por otra parte) de Rovira y Batllori, dejando al margen a autores cruciales como Bentley, Santoro e incluso el antiguo *Los humanistas de la corte de Alfonso el Magnánimo* del benemérito y español Arturo Soria; por no hablar, y por in-

<sup>3</sup> Cf., del primero, el clásico artículo «The origin of the word 'humanist'», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 9 (1946), pp. 60-73; del segundo, al menos *Auctorista, humanista, orator* (1966), edición corregida, Bellaterra, UAB, 1989.

<sup>4</sup> Los caracteres del humanismo en los Países Bajos se esbozan por J. K. CAMERON, «Humanism in the Low Countries», en A. Goodman-A. MacKay (eds.), *The Impact of Humanism on Western Europe*, Londres-Nueva York, Longamn, 1990, pp. 137-63; P. JODOGNE, «L'Umanesimo italiano nei Paesi Bassi sotto i Duchi di Borgogna», *Rinascimento*, XXXVIII (1998), pp. 317-35; en España contamos con el ensayo de F. RICO, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, donde se esboza la trayectoria del humanismo entre Italia y el norte de Europa, aunque la perspectiva deberá corregirse a la luz de las observaciones de R. FUBINI, «“Sogno” e realtà dell'Umanesimo. Contributi recenti sull'umanesimo italiano», *Archivio Storico Italiano*, CLX (2002), pp. 92-95.

creíble que parezca, de los volúmenes monumentales y clásicos de Tammaro De Marinis sobre la *Biblioteca napoletana dei re d'Aragona*<sup>5</sup>. Lo mismo sucede más adelante, al tratar del mecenazgo del último duque de Calabria, Fernando (o Ferrante II) de Aragón, último heredero al trono napolitano, los avatares de cuya espléndida e importantísima biblioteca salen, lógicamente, maltrechos de la narración que se nos ofrece (p. 79).

En cuanto a los vínculos de Valencia con el mundo cultural italiano, de poco nos sirven las proclamas y hace tiempo que se ha comenzado a llenar de contenido o también modificar las afirmaciones de grandes y ciertamente valiosos expertos de antaño como Batllori o Rubió i Lluch (p. 22-23), aportando pruebas y dibujando perspectivas, gracias a las nuevas adquisiciones debidas a numerosos y autorizados estudiosos. No debería ser preciso recordar que nuestras disciplinas son una mezcla delicada de *auctoritates* y *rationes*: las primeras siempre deben ser contrastadas, sopesadas y, sobre todo, conocidas; las segundas no pueden ser más que el fruto del profundo conocimiento de los textos, primarios y secundarios. Pongamos por ejemplo el caso de Pere Miquel Carbonell, indebida y apresuradamente aparejado con el muy anterior (y de muy diversa estatura) Bernat Metge: de ellos –por cierto, alejados de cualquier contexto cultural o personaje real, aislados olímpicamente en medio de un desierto histórico y bibliográfico–, sólo se trata de subrayar con insistencia ese genérico «humanismo», esa palabra mágica, pero en ningún momento se nos aclara en qué consistiría dicho «humanismo», sus peculiaridades, sus idiosincrasias, los objetos concretos de sus intereses... Es comprensible: en resumidas cuentas, falta cualquier mención (y, se supone, conocimiento) de las dos máximas estudiosas del Trescientos y Cuatrocientos catalanes, Lola Badía y Mariàngela Vilallonga, por no hablar del fundamental y conocidísimo *Petrarca y el 'humanismo catalán'*, escrito en 1983 por Francisco Rico para aclarar naturaleza y ámbito de los cambios culturales de esa época –en palabras de Marichal– «transitiva». «Naturaleza y ámbito» que, naturalmente, distan muchísimo de la imagen idealizada que tiene y ofrece la autora de *Letras y fe*<sup>6</sup>.

En definitiva, sobre la naturaleza humanística del Estudi valenciano, las «pruebas» se contradicen más que sufragar (pp. 32-33). El equívoco de fondo está en la creencia –poco menos que un mito– de que todo lo que es gramática y «suenan» a italiano, es humanismo. Así, nos topamos con personajes y fenómenos tan «humanistas» como la medievalísima traducción de la *Ética* aristotélica de Brunetto Latini, del siglo XIII (p. 24); con las igualmente medievales obras apócrifas de Séneca, con extraños «Moralia» del mismo autor (quizá las *Epistulae ad Lucilium*) (ibid.), con Alejandro de Villadei mez-

<sup>5</sup> Cf. J. BENTLEY, *Politica e cultura nella Napoli rinascimentale* [1987], Nápoles, Guida, 1995; M. SANTORO, *La cultura umanistica*, en *Storia di Napoli*, vol. IV, tomo 2, Nápoles, Società Editrice della Storia di Napoli, 1974; A. SORIA, *Los humanistas de la corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, Universidad, 1956; T. DE MARINIS, *La biblioteca napoletana dei re d'Aragona*, 3 vols., Milán, Hoepli, 1947-52 (*Supplemento*, 2 vols., Verona, 1969).

<sup>6</sup> La bibliografía es, naturalmente muy amplia, y excede los límites de nuestro *specimen*; para ceñirnos al humanismo en la Corona de Aragón, véanse sólo L. BADÍA, «L'humanisme català: formació i crisi d'un concepte historiogràfic», *Actes del Cinquè Col.loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes* (Andorra, 1-6 oct. de 1979), Montserrat, Abadía, 1980, pp. 41-70 (ahora en *De Bernat Metge a Joan Rois de Corella*, Barcelona, 1988, pp. 13-38); F. RICO, «Petrarca y el «humanismo catalán»», *Actes del Sisè Col.loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes* (Roma, 28 set.-2 oct. 1982), Montserrat, Abadía, 1982, pp. 257-91; M. VILALLONGA, *Dos opuscles de Pere Miquel Carbonell*, Barcelona, Associació de Bibliofils de Barcelona, 1988; sobre Heredia y Plutarco, merecía al menos una mención J.M. CACHO BLECUA, *El Gran Mestre Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza, 1997, esp. pp. 134-38.

clado a las filas de los nuevos educadores... hasta un monstruoso «Falaris», puesto a lado de Valla y sobre el cual no se indica fuente alguna (p. 26). Huelga decir que tampoco Valla nunca ha escrito «diccionarios» (p. 27).

También es difícil de comprender la colocación en el panorama «erasmista» de un personaje como Jaime Ferruz, por lo menos a tenor del breve perfil que le dedica la autora (p. 57), donde aparece un intelectual más bien tradicional, delegado en el Concilio de Trento y miembro del Santo Oficio; ni queda muy clara la afirmación según la cual «en 1597 se dota una cátedra» de retórica (p. 67), como si fuera la primera, cuando poco después (p. 84), vemos a Francisco Decio jurar que tiene una en 1536.

Las anotaciones sobre la penetración en la Universidad de materias relacionadas con textos e ideas científicos de procedencia humanística –problema espinoso donde los haya–, no significan inmediatamente –como resume con ciertas prisas la autora– una adhesión a los paradigmas humanísticos. Por ejemplo, aducir como prueba de penetración humanista la influencia «en el campo médico» de universidades como Bolonia o (sobre todo) Padua (p. 20), significa no darse cuenta de que estas corrientes poco tenían que ver con el humanismo, y a menudo estaban en conflicto con él; esto no quiere decir que no estemos de acuerdo en que alguna influencia italiana la hubo, pero ello no se prueba con argumentaciones superficiales, sino con un estudio filológico, temático y cultural exhaustivo<sup>7</sup>. Y de hecho, este «humanismo matemático» del que se habla con cierta genericidad, se antoja singular y para nada pacífico, mientras remite a más de un problema historiográfico, que, desde luego, es difícil despachar con sólo decir que «la renovación venía de la mano del manejo [*sic*] de fuentes clásicas, fundamentalmente Euclides, y no medievales» (p. 58), lo que indudablemente aparece como una simplificación ajena a la compleja realidad de los hechos. Es llamativa, por ejemplo, la ausencia en este contexto de una figura de primer plano como Niccolò Leoniceno, el médico y humanista profesor en Ferrara entre finales del 400 y primeros del 500, quien entabló la polémica sobre la validez científica de Plinio y propugnó el retorno a Galeno, pero también a Dioscórides. También se echan de menos aclaraciones sobre la «buena traducción latina» (p. 59) que Pedro Jaime Esteve hizo del libro II de las *Epidemias* de Hipócrates, y que debería ser un punto de partida para evaluar la calidad del perfil cultural de la Valencia quinientista.

Con todo, la existencia de un «humanismo científico», en la Valencia de la segunda mitad del 500 está fuera de duda; pero caracterizarlo como un movimiento que «sustituye en el ámbito científico el principio de autoridad de los clásicos por la experiencia y la razón» (p. 60) no aclara demasiado y sabe un poco a lección de escuela. Hubiera sido mucho más provechoso, creemos, investigar las bases mediatas e inmediatas de posturas renovadoras o críticas hacia los clásicos, como la de Gaspar Torroella o Juan de Celaya, para descubrir a lo mejor, por ejemplo, nombres como el de Pandolfo Collenuccio o Ermolao Barbaro, lamentablemente ausentes del panorama de Rausell.

Sobra el tono apologético que planea un poco a lo largo de todo el trabajo, en la insistencia en la primacía de Valencia en particular y España en general (véase, v.g., la «defensa» del conocimiento en España de las lenguas clásicas, p. 45, confiada a genéricas –y se diría que «autísticas»– proclamas de Decio y Palmireno), sin aportar pruebas y sobre todo evidenciando una concepción mecánica de la cultura, agravada por una

<sup>7</sup> Indicaciones solventes, especialmente a propósito de la «vinculación de la cátedra de griego con la medicina» en el art. cit. (nota 1) de L. GIL, pp. 73, 141 (con bibliografía).

cierta indefinición en la cronología, donde falta por completo la percepción del desarrollo dialéctico del erasmismo peninsular, obviando, por ejemplo, las precisiones de Maravall al respecto<sup>8</sup>.

En la segunda parte del volumen, la antología temática que prometía «textos inéditos» con «un buen número de ideas erasmistas», llama la atención la ausencia absoluta de la lengua latina, sustituida por traducciones, bien de segunda mano, bien de procedencia desconocida, como en el caso de la *Oratio* parenética de Çavall o de la *Paedapechia* de Decio, citadas por sendas ediciones, respectivamente, de 1531 y 1536, y vertidas a un castellano dudoso y sin mención del traductor: es de suponer que la versión se deba a la propia autora (pp. 132-33, 138 etc.)

En efecto, esta falta de atención por el latín también se nota en la torpeza de la cita de los títulos de obras latinas, a menudo transcritos de forma errada, mal concordados o incompletos, como el *De literariae* [sic] *asserenda oratio* de Francisco Decio (p. 34), «las «Graecarum Institutionum Compendium»», de Ledesma (p. 41, cursiva mía), o el incomprendible *Caerimoniis ad missam* (pp. 77 y 78) que Pedro Antonio Beuter vuelve a publicar «con el nuevo título *De recta sacrificii oblatione et caerimoniis ad missam*», mientras que la autora recupera la preposición y nos devuelve la inteligibilidad. Más grave la costumbre de citar textos de humanistas no ya sólo en traducción, sino de segunda mano: llama especialmente la atención – pero lamentablemente no es caso único – la ausencia de cualquier mención de la edición Allen del epistolario de Erasmo, sustituida por la más fantosmas fuentes secundarias, todas rigurosamente en castellano (vid., por ejemplo, p. 68, nota 102). A nivel de contenido, las ideas expuestas en los textos viven en espléndida soledad; nada se nos dice sobre su procedencia, adaptación, trayectoria, como si hubiesen surgido de la nada, o, lo que es lo mismo, de una genérica inspiración erasmiana. Es significativa, en este sentido, la afirmación de la autora de que la gramática era «la primera entre las ciencias del *trivium*, según Vives» (p. 33, cursiva mía), olvidando siglos de historia de Occidente, desde Donato al humanismo, pasando por Isidoro de Sevilla.

En términos generales, no se trata de rastrear más o menos mecánicamente traducciones y ediciones ya sobradamente conocidas, ni de ensalzar a toda costa uno u otro personaje, ni tampoco es correcto, para la valoración del impacto y el significado de una obra trascendental como las *Elegantie* de Valla, limitarse a afirmar que la institución de una cátedra de Lorenzo Valla debiera «quizá su nombre a que el texto leído y estudiado fueran las *Elegancias* de Valla» (p. 43, cursiva mía). Algo parecido ocurre a propósito del conocimiento del griego, problema central que no basta afrontar con la simple aportación de testimonios apologéticos y anecdóticos de algún contemporáneo (pp. 45-46), formando de esta manera un «círculo vicioso» donde las valoraciones de hoy en día repiten las de antaño, sin que la investigación avance: no es rentable un estudio que se limite a remitir continuamente a los bibliógrafos de los siglos XVI-XIX, a partir de Andrés Schott hasta Menéndez Pelayo, copiosamente citados en la presentación biográfica de muchos autores: para que el conocimiento avance, hacen falta investigaciones de archivo, colocar los datos en panoramas coherentes, revisar y contrastar el testimonio de las fuentes y las noticias de la erudición del pasado. Un ejemplo significativo es el de Çavall: su presencia debería ser la prueba del florecimiento del griego en la Universidad, pero enseguida se nos avisa de que los estudios sobre este personaje están aún en una fase pionera (p. 46).

<sup>8</sup> Es suficiente recordar aquí sólo J. A. MARAVALL, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960.

Una tarea importante, entre otras, se antoja hoy la de investigar las vías de penetración de determinados géneros literarios a partir de los antecedentes italianos, y en España se está haciendo mucho al respecto; pero todo lo contrario sucede, por ejemplo, con las observaciones francamente insuficientes a propósito de Plauto y Terencio, despachados con pocas frases (p. 55), pasando por alto la mediación humanística italiana, y, una vez más, sin bibliografía alguna<sup>9</sup>. Esta aproximación bibliográfica defectuosa, con sus importantes repercusiones en el conocimiento de conjunto y en la interpretación, tiene al menos un ejemplo clamoroso, a propósito de Juan Ángel González, la exposición de cuya *Sylva de laudibus poeseos* debería seguir el trabajo de Alcina Rovira (1979), pero el resumen es tan superficial que pone en un saco nombres dispares como «Virgilio Horacio Silio Itálico Marcial Petrarca y Dante», sin explicación alguna, y llegando a cometer errores incluso en remitir a las páginas de Alcina (p. 42, nota 49); por el contrario, se calla el aspecto más relevante de la obra de Juan Ángel González, el género de la *silva* poética, introducido por Policiano y que hoy en día cuenta con estudios paradigmáticos como el de Francesco Bausi, para Italia, y Juan Alcina Rovira, para España<sup>10</sup>.

También resulta poco metodológico inferir el erasmismo de un estudioso o de un ambiente sólo por la institución de una cátedra de Sagrada Escritura y, sobre todo, sin poner en luz los elementos ideológicos y doctrinales; el caso de los *Colloquia* de Erasmo es quizá el más llamativo; éstos se definen como «escritos precisamente para enseñar latín a los niños, contenían muchas fórmulas en latín que los estudiantes debían aprender para adornar sus conversaciones y enriquecer su vocabulario latino» (p. 55; el mismo juicio se repite en p. 92). Una tal caracterización de esta obra fundamental raya la caricatura y deja al margen el contenido revolucionario, conflictivo, problemático de los *Colloquia*, no por casualidad duramente criticados tanto por Lutero como por los teólogos católicos<sup>11</sup>. Su uso en Valencia podía bien ser una manera de investigar en profundidad el talante de este sector del humanismo valenciano, la operación cultural e ideológica –si es que la hubo– que se sitúa detrás de su divulgación. Quizá no sea casual tampoco que Decio publicase en 1548 el mucho menos conflictivo *De copia* (p. 55). En términos generales, para abordar con equilibrio y solvencia límites y naturaleza de este «erasmismo», hubiera bastado tener en cuenta el rico y complejo panorama trazado, hace más de medio siglo, por Eugenio Asensio en un ensayo memorable sobre «El erasmismo y las corrientes espirituales afines»<sup>12</sup>.

El problema es una «filología de las impresiones», que inevitablemente cae en el impresionismo, como cuando se explica la edición de los *Progymnasmata* de Aftonio por parte de Juan Lorenzo Palmireno por ser «uno de los libros que más le habían impactado en su juventud» (p. 63); o se indican obras inexistentes como un *De adversa fortuna* de Petrarca o una *Epistola comendaticia* de Cicerón (pp. 65 y 66, respectivamente). Pero lo que importa subrayar es la falta absoluta de referencias ideológicas, temáticas y

<sup>9</sup> Hubiera merecido cuando menos una mención el estudio de L. GIL, «Terencio en España: del Medievo a la Ilustración», en sus *Estudios de Humanismo y tradición clásica*, Madrid, Univ. Complutense, 1984, pp. 96-125, para el área hispánica; advirtiendo de paso que tampoco es cierta la afirmación de la autora, según la cual «Plauto fue redescubierto en el renacimiento» (p. 55), ya que, como es sabido, siempre se conocieron ocho comedias.

<sup>10</sup> Cf. F. BAUSI, «Introduzione» a Angelo Poliziano, *Silvae*, Florencia, Olschki, 1996, pp. xi-xxxii; J. Alcina Rovira, «Notas sobre la silva neolatina», en B. López Bueno (ed.), *II Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro*, Sevilla-Córdoba, Universidad, 1993.

<sup>11</sup> Vid. C. AUGUSTIJN, *Erasmus de Rotterdam. Vida y Obra*, Barcelona Crítica, 1990, pp. 178 ss.

<sup>12</sup> *Revista de Filología Española*, 36 (1952), pp. 31-99.

hasta cronológicas, que hace que el panorama supuestamente erasmista, simplemente, desaparezca de la vista, y el lector acabe preguntándose en qué consistió efectivamente el «erasmismo valenciano» en el siglo XVI.

Otro aspecto importante del renacimiento consiste, como hemos apuntado, en investigar los resultados científicos del helenismo español del siglo XVI. Ampliar la comparación a otros países (Italia, Francia, Flandes) podría mostrar, por ejemplo, que las cuatro cátedras de griego de la Monarquía hispánica eran y siguieron siendo de poco momento respecto de las italianas del siglo anterior; sobre todo, permitiría profundizar en el análisis de los métodos y los logros de la filología en Valencia en el contexto hispánico: no le faltaban a la autora estudios solventes, puntualmente reseñados por Gil en el artículo citado al principio de estas notas (pp. 32 sgg.), pero muy poco utilizados (salvo algunos de procedencia valenciana). Asimismo, es posible e imprescindible investigar cuidadosamente influencias en las obras, lazos directos documentables con otras tradiciones. Por otro lado, hace falta emprender el ya no más aplazable estudio de las tradiciones manuscritas, en todas sus facetas, tanto materiales como relativas a la transmisión y la circulación.

Para que la filología humanística española siga en el buen nivel que fatigosamente va alcanzando, es necesario un mayor control de la calidad de los trabajos y una mayor comunicación entre las disciplinas académicas. De lo contrario, el riesgo es que cada uno cultive su pequeña huerta, olvidando precisamente el gran magisterio del humanismo.

Universidad Carlos III (Madrid)

Guido M. CAPPELLI  
cappelli@hum.uc3m.es

IULIVS CAESAR SCALIGER, *De causis linguae Latinae*, 2 vol. (introducción, edición crítica, traducción y notas por Pedro Juan Galán Sánchez), Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, Cáceres 2004 (LXXVII + 897 págs). ISBN: 84-7723-617-8 (Obra completa).

Llega a mis manos la reciente edición del *De causis lingua Latinae*, del médico y humanista italiano Julio César Escalígero, cuya introducción, edición crítica, traducción y notas corren a cargo de Pedro Juan Galán Sánchez, profesor titular de Filología Latina de la Universidad de Extremadura. Es este un dato que no debe obviarse, por cuanto la obra que reseñamos constituye un ejemplo más del excelente trabajo que en los últimos años se viene desarrollando en el Área de Filología Latina de la citada Universidad, trabajo que ya ha dado numerosos frutos –tal y como se hace constar en la propia presentación de la obra– y cuya cabeza visible es el Dr. Eustaquio Sánchez Salor, quien a la sazón prologa la obra y, junto al Dr. Chaparro Gómez, abrió esta serie de textos de gramática humanística con la edición de la *Minerva* del Brocense. Posteriormente vinieron el *Mercurius maior* de Agustín Saturnio (en edición de Manuel Mañas Núñez), el *De emendata structura Latini sermonis* de Tomás Linacro (a cargo de M.<sup>a</sup> Luisa Harto Trujillo), las *Elegantiae* de Lorenzo Valla (por Santiago López Moreda), o la *Gramática* de Diego López (estudio, edición y notas de Guadalupe Morcillo Expósito), obras todas fundamentales y de gran calado no sólo en el ámbito de la gramática latina del Re-